

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

CARLOS BARRAL

Señoras y señores, Yvonne, amigos:

Antes de comenzar quiero hacer dos pequeñas advertencias. La primera es que voy a improvisar, y ustedes tienen que perdonarme lo desmañado de estas palabras. Lo segundo, de un modo muy profundo, darle las gracias a Ramón Oté, no solamente por las generosas palabras que me ha dedicado, sino también por su espléndido discurso, que ha sido una evocación muy viva, muy real, y al mismo tiempo llena de consideraciones críticas, de la persona y de la obra de Carlos Barral.

Carlos Barral fue ante todo un poeta. También fue autor de memorias notables y de ensayos. En su vida pública, además de sus intereses y actividades políticas, fue esencialmente un editor. Y yo añadiría un gran editor. Todas estas actividades fueron sobre todo las actividades de un hombre. Pero "hombre" quizá no sea la palabra más exacta; yo diría: una persona. Hombres somos todos: razón, carácter, temperamento y, en fin, lo que nos distingue de los otros seres vivos. Pero ser una persona es algo muy especial y no todos los hombres logramos serlo. Una persona es, más que una personalidad, algo más difícil: un "alma", para emplear una vieja palabra que no tiene, a mi juicio, sustituto.

Carlos era una persona, a primera vista, afilada, elegante; recuerdo que mi mujer me dijo: "tiene aire de proa". Y yo agregué: "sí, pero sobre todo tiene aire de capitán de barco". No un barco importante; un barco de papel, un barco de niño, porque Carlos Barral tenía una cordialidad y una curiosidad de niño. Y esta espontaneidad, esta cordialidad, esta curiosidad fresca frente al mundo estaba unida a otras cualidades más serenas y que delatan la madurez de una inteligencia y un espíritu: era reflexivo, era crítico y capaz de indignarse. Tenía fresca la admiración, pero también la indignación, las dos "alas" de la buena poesía. Era capaz de sonreír y de reír, la capacidad del que sueña, y cuando sueña, de reírse de sus sueños... Todo esto

que acabo de decir es una manera un poco sumaria de expresar algo que me impresionó en su persona desde el principio: la curiosidad, la inteligencia, la simpatía y la melancolía. No se puede tener auténtica distinción espiritual —y él la tenía— sin una gota de melancolía.

Lo conocí en México, hacia 1950 o 1951, gracias a un español desterrado que vivía en mi país, un escritor amigo y que fue un "puente" entre los escritores mexicanos y los españoles: Max Aub. Un poco después coincidí con él en Formentor, porque muy generosamente su editorial me invitó a formar parte del jurado. Y ahí tuve la dicha de conocer a Jaime Salinas y al poeta Jaime Gil de Biedma. Una amistad que ha durado en el caso de Jaime Salinas hasta ahora y, en el caso de Gil de Biedma, hasta su muerte. La amistad con Carlos Barral, Gil de Biedma, Salinas y, más tarde, con Pere Gimferrer, me abrió las puertas de la nueva literatura española. El franquismo nos había separado de la vida cultural española, y la amistad con estos jóvenes me abrió a mí, viejo amigo de España, el conocimiento de las nuevas tendencias de la literatura española y catalana. Más tarde vi muchas veces y conversé largamente con Carlos Barral. En Barcelona (con Yvonne, su mujer), en México, en París, en Madrid, y hace unos pocos años —la última vez que lo vi—, en Aix-en-Provence.

Se recuerda a Barral como editor. Como editor ya me referí a su curiosidad. Habría que agregar: su ansia de modernidad. Pensaba que nuestra cultura necesitaba abrirse al aire del mundo, y no se equivocaba. Su curiosidad era inteligente, una curiosidad crítica. Le debemos la publicación de muchos autores extranjeros y nosotros, los hispanoamericanos, le debemos su simpatía por nuestra literatura. Fue el editor de la nueva literatura hispanoamericana y sin su actividad muchos de nuestros escritores habrían tardado en ser conocidos. ¿Cómo no agradecerélo?

A mí, más que sus actividades de editor —con haber sido notables e importantes— y más que su actividad política

en defensa de la libertad, me interesa el poeta. Y al lado del poeta, el memorialista. El memorialista porque nuestras literaturas carecen de grandes libros de memorias. Si pensamos en la literatura francesa, por ejemplo, inmediatamente vemos la riqueza que tiene esa literatura en memorias y autobiografías. En cambio, nosotros hemos sido pobres en este dominio, como si nos diese miedo tener una vida íntima y personal. En el caso de Barral, estas memorias, que son el retrato de una época, de una ciudad y de una sociedad, son también, y sobre todo, el retrato de un joven, de un hombre, que quiso ser y fue un poeta.

Recuerdo mi emoción al leer, hace mucho, uno de sus primeros libros: *Metropolitano*. Me extrañó el título. Sin embargo, uno de los poemas me dio la clave: "Correspondencia". Un "metropolitano" es un sistema de comunicaciones, una red que une a una estación con otra. En cada sistema de "Metro" hay algunas estaciones que comunican una estación con otra, se llaman "estaciones de correspondencia". Y esto es lo que es la poesía de Carlos Barral. En primer término: metropolitano, poesía de la ciudad, poesía urbana, poesía de un hombre civilizado, con todas las angustias de los que vivimos en las terribles y maravillosas ciudades modernas. (En él había, claro, el mar y la quimera del mar. Pero era un mar visto desde su realidad de ciudadano.) *Metropolitano* y, en su centro, la *correspondencia*. Esta palabra enlaza a su poesía con una filosofía que es la base de la poesía moderna: la "teoría de las correspondencias" de los románticos alemanes y de Baudelaire. "Todo se corresponde, todo rima", el mundo es un sistema de señales, de llamadas y respuestas. Así, el *Metropolitano* de Carlos Barral es una metáfora del universo entero, del mundo de las constelaciones y del mundo del mar, que son sistemas de señales, continua comunicación del cielo con la tierra, del agua con el fuego, del viento con el polvo. Comunicación significa ritmo cósmico, significa poesía, y Carlos Barral fue fiel a la poesía.

Los hombres, en este mundo de correspondencia que es el universo, estamos hechos de tiempo, somos metáforas del tiempo. Todo en el universo se comunica a través del tiempo. El hombre, el poeta o el científico, es el transmisor de las señales. El poeta es una estación de correspondencias. Y con esta metáfora quisiera terminar: veo a Carlos Barral como un ser de correspondencias, un lugar de encuentros —el mar y la ciudad, Cataluña y España, América y Europa—. Metáfora de nuestro tiempo, metáfora nuestra.

Gracias. □

• Palabras en el homenaje a Carlos Barral, en el acto de inauguración de la escultura *Marca de agua* del artista catalán Sergio Aguilar, en la plaza de La Pineda, Vila Seca, Tamagena y de la presentación del libro del mismo título, *Marca de agua. In memoriam*

SERGIO GALINDO, UN PEQUEÑO MAESTRO

El sustrato arquetípico y la semantización positiva de las instancias y espacios que permiten una vida plena convierten a la obra de Sergio Galindo (1926-1993) en un rechazo de las convenciones sociales y sus miserias cotidianas, que por mantener a los individuos dentro de las férreas reglas de los ritos sociales les impiden la busca de otra vida. Galindo resulta un novelista de la descomposición del orden social y como todo artista, lee en el gran texto del mundo la preponderancia de la opresión sobre otras formas de existencia, a la vez que nos propone una imagen de la trascendencia señalándonos cómo la fatalidad nace de no atrevernos a sofrenar los acosos de la muerte y dirigirnos hacia un más allá, otro lugar; el espacio utópico implícito en toda obra.

Novelista moderno, a la distancia sus novelas más logradas, hablando desde un punto de vista literario, se antojan *Otilia Rauda* y *Polvos de arroz*, en virtud del equilibrio compositivo, aunque su articulación tan obvia en el plano de la manifestación de las oposiciones y la configuración, típica y tradicional, de sus personajes las convierta en obras menores, lejos de las tentativas más audaces de la segunda mitad del siglo veinte mexicano. Quien lea atentamente *Polvos de arroz* no podrá dejar de

admirar la concisión, el hábil manejo de la temporalidad y de la información para conducirnos al desenlace, pero el efecto de sorpresa, la redundancia de ciertos códigos simbólicos demasiado manidos, sus manifestaciones tan evidentes, la convierten en una narración patética y anacrónica. *La justicia de enero* y *El Bordo*, en cambio, se presentan como dos novelas dignas de consideración, sobre todo la segunda. No sólo por su composición, también por el estilo, que en *El Bordo* logra una difícil sencillez para a través de un mínimo de elementos transmitirnos una sensación de melancolía; de esa melancolía que atestigua la presencia de un anhelo de vivir más pleno, menos uncido a la vida diaria.

La justicia de enero, por su parte, está escrita con un estilo lacónico y exacto. Sus temas son la justicia, la imposible felicidad, la opresión familiar. Ninguna otra novela de Galindo mostrará tan acremente las miserias conyugales, el despotismo materno, la indefensión de los personajes, la vida sujeta a estímulos mezquinos, la necesidad de satisfacer la sed de afecto del modo más degradante. Por ello, en nuestra época signada por el desencanto y el rebasamiento de los códigos éticos de la modernidad, la equiparación del verdugo con la víctima, del juez con el asesino, la ausencia de valores absolutos, la presencia del nihilismo, en suma, la convierten en una novela acerba y contemporánea.

Quizá el gran mérito literario de Galindo, más allá de su diestro manejo del punto de vista colectivo y de su composición mediante alternancias temporales —y habría que señalar quizá la obra maestra del sistema: *Nudo*, verdadero ejemplo de riesgo formal en un novelista que siempre prefirió soslayar la importancia del ensayo y el error dentro de la obra— esté en la conformación de personajes. La dotación de una serie de motivos psicológicos, su tan entrañable y odiosa mediocridad despiertan identificación, conmiseración, entusiasmo; todo un conjunto de emociones que por un momento nos hacen olvidar su condición de seres de papel. Consigno asimismo su estilo para describir paisajes. Con Galindo nuestra novelística halla un escritor a medio camino entre el realismo decimonónico y la eclosión de la novela ensimismada, crítica. No hay grandes aspavientos en Galindo pero tampoco

deficiencias. Se trata de una meritoria obra menos sin grandes crestas pero con un admirable paisaje de altiplano. Y creo que será una pena no poder leer otra novela suya en estos años aciagos para nuestra narrativa. □

JOSÉ HOMERO

EL INSOME

a Francisco Pérez Perdomo

El insomne no descansa.
Cierra los ojos
y sigue viendo un espectro
que traspasa la pared
y regresa con la lámpara
encendida, opaca,
de los muertos.
El insomne toca la madera
de la cama, fría,
y se siente dormido
en el ataúd.
El insomne abre
los ojos
y ve de nuevo el espectro
atravesando la pared
con su cabeza cortada.
El insomne se coloca la cabeza cortada
en el lugar de su cabeza
y empieza a gritar,
pero no grita
porque nadie lo oye.
El insomne grita, grita,
pero nadie lo oye.
El insomne flota
en el silencio del Universo.

VICENTE GERBASI (1913-1993)

